

Presentación *Asuntos. Obra reunida* de Marcia Mogro¹

Felipe Cussen

Instituto de Estudios Avanzados
Universidad de Santiago de Chile

Hasta hace unos minutos, no conocía en persona a Marcia Mogro. Y hasta hace unas semanas, apenas conocía su nombre y había leído algún poema en antologías y revistas. Estos hechos sólo hablan, por supuesto, de mi ignorancia, de la desconexión que a veces ocurre entre quienes nos interesamos por la poesía y, quizás, también del exceso de ruido que nos distrae y que impide fijarnos en trayectorias que apuestan radicalmente por la escritura sin exagerar aspavientos. Se agradece, por lo mismo, que editoras como Gladys González, a través de Libros del Cardo, nos regalen la oportunidad de acceder a poéticas que, desde afuera o desde adentro, remueven nuestros cómodos y cansados cánones poéticos. Así ha ocurrido con la obra de Ximena Figueroa Órdenes, Cristina Rivera Garza, Sara Uribe y tantas otras hasta llegar precisamente a Marcia Mogro.

Escribí ese párrafo antes de siquiera comenzar a leer este libro. Utilicé un adverbio rimbombante (“radicalmente”) sin tener un motivo preciso, solo por la impresión que me produjo hojear algunas de estas páginas, solo por tincada. Después no tuve tiempo de pensarlo, porque me dejé llevar por el entusiasmo apenas leí los primeros poemas del primer libro compilado, *Semíramis, 16 (MG)*, que me situaron vertiginosamente en un espacio ajeno, antiguo y desolado. Había muchas referencias históricas o mitológicas que desconocía, pero que preferí obviar para no perder el impulso: me importaba más palpar aquella atmósfera densa que comenzaba a formarse a mi alrededor. La primera sensación me llevó a paisajes

¹ Este texto fue leído para la presentación de *Asuntos. Obra reunida* de Marcia Mogro (Ediciones Libros del Cardo, Valpo., 2022), el 4 de agosto de 2022 en Alma Negra Librería y Plataforma.

postapocalípticos, como los de la película *Duna*, que se mezclaban también con los desiertos de la Biblia. Luego, releendo a Jaime Sáenz, maestro de Marcia, me resonaron algunos versos de su poema *Bruckner*: “En este páramo las cosas no tienen nombre./ Transita el caminante con el cuerpo dentro del cuerpo en el país de las cosas,/ en que sólo existen las cosas por el ansia de aniquilar, (...) que sólo existen en memoria del crepúsculo,/ que se acaban con la inconmensurable duración de un crepúsculo que ya no existe”.

Estas escenas eran narradas por una voz cambiante y múltiple, a veces en tercera persona, a veces en primera persona plural, a veces en singular: las perspectivas se mezclan, y no sabemos bien desde dónde y desde cuándo resuenan estas voces tan extemporáneas. Se trata, sin duda, de una poesía de “otra era” (como canta Javiera Mena).



Quisiera leer uno de los textos que más me gustaron, que integra *De la cruz a la fecha*:

Nos enseñaron a enterrar todo allá abajo
todo lo que era antiguo
de muchos años y guardado
enterramos bastones de mando, quipus, puyus, keros, uncus
en tierras interiores
en el monte y cerca del río
donde no podía dañar a nadie
hasta que en un tiempo futuro
todo lo que digamos no sea sólo silencio

Este poema opera como un fragmento de una pieza mayor que no acaba de completarse, de la misma manera que ocurre en otros de los conjuntos de este libro.

Nuestra misma tarea como lectores se asemeja, en alguna medida, a la de aquellos arqueólogos que intentan completar los vacíos de sus descubrimientos. Aquí, por ejemplo, si bien se informa con precisión qué es aquello que se entierra y en qué condiciones se ha hecho, pero no se explicita quién lo ha ordenado y de qué manera podrá transformarse en un mensaje elocuente hacia el presente.

Las tragedias de la Conquista, así como el exterminio de los selknam, se dejan ver precisamente en las grietas de esta escritura, en su constante ir y venir de tiempos. “Escribo de lo que tengo que escribir. Si es del pasado, del pasado será. No escojo los temas según lo que requiera el mercado, sino en función de obsesiones”, explica en una entrevista la autora. Pero el suyo no es un proyecto de reescritura histórica, sino un esfuerzo mucho más potente: se trata de transmitir una urgencia que a pesar de la distancia no se aplaca. Es la misma urgencia que sentí por primera vez cuando escuché la “Canción del último hombre” del grupo Congreso, que comienza con unos susurros superpuestos, casi inaudibles entre el sonido del viento: “¿Dejarías que el mar/ me transforme en pura sal,/ y que mi ropa sea/ un mensaje de nadie?”.

En otra entrevista Marcia señala: “Incorporar voces, cantos, rezos y oralidades me permite aprender y conocer de los otros y hacer visibles a los invisibles”. Podemos entender a esos invisibles como aquellos sujetos dejados de lado por la historia, pero quisiera pensar, también, en esa dimensión fantasmal, espiritual o mística que acompaña como un reverso todas nuestras experiencias terrenales, tal como se plantea en el *Corpus Hermeticum*: “Todo lo visible ha sido engendrado, puesto que en cierto momento apareció y se hizo visible. Pero lo invisible existe siempre y, puesto que existe siempre, no tiene necesidad de hacerse visible. Del mismo modo, aunque permanezca invisible porque existe siempre, hace que las demás cosas resulten visibles”.

Sigo aquí la propuesta de Fernando van de Wyngard, quien ya había señalado que la poesía de Marcia Mogro podría vincularse a la tradición gnóstica. Y quisiera añadir, también, aquella dimensión más directa de la gnosis como “conocimiento en sí mismo”, un “saber directo e inmediato, despojado tanto de los intermediarios que lo obstaculizan (el error o el olvido), como de los intermediarios que lo fracturan y lo debilitan (el juicio y la razón)”. Es esta noción la que, de alguna manera, han rescatado poetas como José Ángel Valente, quien define el acto de la escritura no como la referencia de una experiencia previa, sino como una experiencia en sí misma y “que no puede ser conocida más que poéticamente”.

Creo que un poema de *Lacrimosa* podría ejemplificar bien esta forma de conocimiento a la vez difusa y precisa, que está imbricado, además, de manera íntima al cuerpo en que se produce:

en el mismo instante
inmaculada con dolor con miedo
con nostalgia infinita
intenta definir ausencia según un método riguroso
que exige la participación del cuerpo
la esencia exacta
precisar el tipo de célula el tejido perfectamente adecuado
definir insustituible definir desprendimiento
definir serenidad definir implacable, irreversible

Vuelvo a revisar el título de este grueso volumen: *Asuntos*, que promete poca cosa, algo más bien cotidiano, muy distinto del tono solemne y trágico que encontramos en estas páginas. Pero me gusta que se provoque ese choque de expectativas, que se acentúa al no encontrar un prólogo inicial que presente y organice lo que

leeremos a continuación y que, más aún en el caso de una recopilación de estas características, proponga argumentos para su ingreso al canon. Es más, por lo que pude averiguar, en algunos de los libros publicados previamente sí existían prefacios o textos de contratapa que aquí no se han incorporado. Le pregunto al respecto a Gladys y me contesta que esa decisión responde precisamente a la intención de provocar, tanto con esta publicación como con la de otras autoras chilenas y latinoamericanas de gran trayectoria pero insuficientemente reconocidas, un quiebre en el canon machista y sus mecanismos de validación. Acuso recibo: apenas terminé de leer este libro le escribí a Javiera Espinosa, quien gentilmente me invitó a participar hoy, le dije que había sido una revelación para mí y agregué: “¡me siento demasiado estúpido de no haberla conocido bien antes!”.

Otro aspecto que me gustaría añadir es que no ha habido aquí una selección, un gesto de lectura que puede ser muy atractivo, sin duda, pero que también resultar en una ruta muy cerrada impuesta por el antologador o antologadora. Están todos los libros, completos, lo que permite advertir mucho mejor su unidad de tono y su gradual evolución temática. Y además se replica la diagramación original, con cuerpos y disposiciones variables, y una serie de alteraciones ortográficas y visuales que son fundamentales dentro de su construcción. Como ella misma lo deja claro, Marcia Mogro concibe sus libros de manera íntegra: “Nunca permito que el editor me diga nada respecto a lo escribo, entrego el texto listo y diagramado y tal cual debe ser publicado”, y aquí esa voluntad se ha respetado.

Vuelvo a preguntarme si no estaba demasiado perdido al suponer que se trataba de una trayectoria que apostaba radicalmente por la escritura. Y aunque sonaba medio exagerado o altisonante, quizás no estaba tan perdido. Así lo descubrí al revisar varios testimonios de Marcia, en los que insiste que no se trata de un proceso placentero sino complicado, fuerte, que la obliga a internarse en zonas peligrosas.

De ello dan cuenta, con inusitada fuerza, sus últimos libros, en los que finalmente emerge un sujeto más definido, al borde de la locura, que tacha su nombre pero que también adjunta una página de su escritura caligráfica como una forma de reforzar su autoría, o también documentar el exceso. “[Q]uizás ha/s revelado demasiado?” se pregunta al borde de la última página, con palabras a punto de desaparecer, exhaustas. No me atrevo a responder.